

Apénas iniciado el movimiento, cada paso fué un peligro, y cada determinacion un obstáculo. Cegáronse con cadáveres los fosos, y de sus orillas, arrebatados los castellanos, eran conducidos á la piedra de los sacrificios por las canoas que flotaban en el lago, como la barca de Caron en el Aqueronte. Nada fué bastante á resistir el furor que los embriagaba; y por entre las rupturas de las mallas y de los cascos, saltaba la sangre de los invasores, para mezclarse con el fango que pisaban. Y para que la situacion fuese mas y mas afflictiva; no siendo bastante el oro para saciar su condicia, su peso aniquiló su atlética pujanza.

Pudo haber concluido allí el espíritu de conquista; pero el oro que otras veces no habia deslumbrado á los mejicanos, fué en esta la causa de su adversidad fatídica; pues ocupados en recojerlo, ya no persiguieron á sus agresores, con el ímpetu violento que al principio, y así pudieron éstos evadirse de la irremisible ruina en que se vieron envueltos. ¿Se alcanza con el oro la fatalidad y el contratiempo?

Allá en Roma cuando los galos llegaron á escalar el Capitolio, los patricios por salvarle les presentaron oro. La sordida avaricia del caudillo apellidado Breno, arrojó el sable en la balanza, para doblar por su medio, el peso del que debieran recibir, segun lo estipulado. „Desgracia á los vencidos,“ contestó con impudencia, al reclamarle un acto de infame barateria, que fué el présago fatal de su destino; pues apareciendo en tales instantes el dictador Furio Camilo, denunció concluida la tregua, y señaló así el último de su existencia á los invasores.

Los hombres de aquella Italia llegaron á su objeto. No así los mejicanos, que desaprovechando los momentos, en que el astro de su gloria aparecia radiante por entre las tinieblas de aquella noche tristísima á sus invasores; tuvieron que su-

cumbir en los atrios de los templos de su capital, cuando de nuevo vinieron sobre ella en 1521. Pero no sucumbieron cobardemente; hubieron de sucumbir, despues de que en Tlatelolco y otros puntos, rechazaron con audacia los fuertes embates de las huestes vandálicas. Sucumbieron sí; pero ello fué, sin duda, por que la Providencia en sus inescrutables designios, habia determinado que á la barbarie y supersticion, sucediera el dogma incéfable de la Cruz; y al capricho y la estravagancia, el órden y la razon.

Bajo sus apariencias fué creciendo y regularizándose otra nueva raza, la misma que á los trescientos años, sacudida fuertemente por el poderoso grito del benemérito Hidalgo, debia romper para no volver á unirse jamas el eslabon, que por consecuencia de los reveces ya enunciados, ató este continente con una península de la vieja Europa.

Volvió por esto la sangrienta lucha, y no fueron bastantes las incommensurables ventajas de los opresores á arredrar á los perínclitos hombres que la emprendieron. Con gente allegadiza y con unos cuantos arcabuces de los estraviados, tal vez en la era de la conquista, retáronlos denodadamente, y humillaron su arrogancia en Guanajuato y las Cruces; y en otros varios puntos la humillaron tambien, los que se apropiaron la empresa, cuando Hidalgo, Allende y otros escelsos hombres, entregaron en Chihuahua sus ilustres cabezas al verdugo.

Fueron varios los azares de la guerra, por espacio de once años que se dilatara; y no pudiera haber sido de distinto modo, si se atiende á que trescientos de dominio, acumulaban en manos de los opresores, no solo los materiales y útiles necesarios para decidirla; sino la riqueza y el ascendiente que proporciona la regularidad administrativa, pródiga en gracias y consideraciones con sus prosélitos y servidumbre, á quienes precisamente inspira el sentimiento bastardo de parcialidad.

n.º 1



10884

Los recursos del patriotismo, solo estaban en la voluntad y energía de los disidentes; ¡necesitaban mas, cuando acabamos de referir acontecimientos audaces de hombres en quienes debiera suponerse mas remisa su inspiracion, atentos sus principios y sus costumbres? Aunque distinta en esto, y en su origen la raza nuevo mejicana, como su condicion civil era la que dispensa el magnate á su siervo, ella no le prestaba recursos capaces con que luchar; pero su patriotismo le proporcionó los suficientes para triunfar de sus adversarios, y así, sus caudillos immortalizaron sus nombres venerandos, que nosotros transmitiremos al último de nuestros pósteros, con admiracion insólita y con gratitud profunda.

Dejóse ver el sol del 27 de Setiembre de 1821, y en este solemne dia, un preclaro varon, cuya sien orlaba el laurel de la victoria, llega á las puertas de Tenochtitlan, y exige el cumplimiento de una cláusula sangrienta, pero por lo mismo, mas gloriosa. Libre el pueblo de opresion, alzó la frente para ver el mundo, y desde entónces admiraron las naciones el esplendor y la ingénita riqueza del suelo que legado le fué por sus predecesores. ¿No hay aquí entre vosotros alguno que pueda referir el palpitante gozo que ensanchaba al corazon en aquellos dias de un porvenir inmenso de ventura? ¿Que ha sido de ellos? ¿Donde está la mano nefaria que hundió en la fosa de la eternidad pasada, tanta ilusion de gloria, tanto prestigio aurífero de bienandanza?

Desgraciados! pronto fué la ilusion desvanecida. Trémula la discordia levantaba desde entónces su fatídica cabeza, y en vez de gloria, solo nos preparaba el baldon y la ignominia. Por ella, tal vez, dentro de breve, no legaremos á nuestros hijos, ni siquiera una parte de lo que nuestros padres nos legaron. Y si por confundirnos el cielo permitiera, que del fondo de sus tumbas se alzarán las sombras venerandas de

les que á ellas bajaron por darnos patria, y nos interpelaran por ésta, ¿que responderiamos á tan terrible cargo?

En la lucha sostenida por los aztecas, y en la que á los trescientos años promoviera la raza mixta contra sus opresores; solo la ardiente inspiracion del patriotismo, pudo hacer equivalentes las diferencias. A poco tiempo de emancipada ésta, se le presenta un adversario de distinto origen, distinto culto y costumbres muy diversas á las suyas; y aunque por parte de este no puede aseverarse una diferencia exuberante en sus armas y disciplina; le cede, sin embargo, los triunfos de sus antepasados, los suyos propios y sus esperanzas.

Todo este complejo es una verdad histórica, que nadie puede contradecir, y todo, por lo mismo, produce contra de nosotros, un cúmulo de responsabilidad que no sabriamos absolver, si se nos demandara. Pero ántes de determinar la causa de este acontecimiento tan extraño, de esta anomalía tan impertinente, que se tendria por inverosímil, si no fuera como se dice, una atestacion histórica; asentaremos algunos puntos que, sirviéndonos de comparacion, nos lleven al resultado que deseamos conocer, con el fin de prevenirmos para lo sucesivo.

Los aztecas no conociendo otro mundo que el que pisaban, carecian por consiguiente, de ideas sobre que pudiera haber para la guerra otras armas, y otros medios de defensa, que los que ellos propios conocian. En la serie de especies monstruosas de su deforme mitología, no se encuentra dibujado el Centauro; así es que la presencia de un cuadrúpedo radiante, á quien, segun ellos, era connatural la mitad de un hombre sobre sus espaldas, debia ser para su delirante imaginacion, un monstruo de fatalidad, un fantasma de perdicion. El estampido horrendo de la artillería, el fragor ménos estridente del arcabuz, y el brillo de las espadas y de las lanzas, to-

nº 1



10224

do debió presentar á sus ojos un aspecto amenazador, cuyo único refugio era la muerte.

Los patriotas acaudillados por Hidalgo, Allende y otros héroes, llamaron á la guerra en 1810, á los castellanos que los oprimian; y aunque á sus sentidos no se presentaban terribles é incontrastables, pues ya no asustaba el estallido del fusil, ni el relámpago de la espada, ni fatídico era el rudo relincho del corcel; sin embargo, eran tambien harto palpables las ventajas de los opresores, á cuyas armas solo pudieron oponer de pronto en los primeros embates, ondas y flechas, y algunos mosquetes que rodaban entre el orin y el polvo. ¿Qué equivalencia presentaba esto con aquello? A las maniobras de la táctica, se oponia el movimiento inconeso de la muchedumbre allegadiza, incapaz de seguir el regulado paso de la marcha, y al disparo de la metralla la piedra despedida por la onda. Condicion tan desfavorable, parece debiera haberlos obligado á desistir de la empresa que acometieron; pero las mismas dificultades, inflamando mas y mas su patriotismo, los lanzó mas denodados á la lucha, y al fin de once años de sobrellevarla con constancia, reconquistaron el suelo arrebatado á los aztecas por aquellos, á quienes como á Pigmalion, la insaciable sed del oro transformada en furia, despedazaba las entrañas.

El cataclismo político hasta aquí dilucidado, puso en nuestras manos como sucesores de aquellos héroes, un patrimonio saturado de oro y esmeralda, sin que se perdiera una sola línea de su estension y de su riqueza. No existe en el día de la manera que entónces; pues ya para lo de adelante, no se dibujarán en nuestro mapa, las frondosas selvas de Téjas y Nuexo-México, así como tampoco el suelo de Venturina que allá se estiende en la California. El territorio inmenso que comprehende estas comarcas, dilata hoy las regio-

nes que se apropiaron Harriot y Lane en 1586, que, sin duda, no vaticinaron entónces que la espléndida riqueza de sus descendientes, habia de vincularse un día, sobre las estensas y ricas posesiones que para nosotros y nuestros pósteros rescataron con su sangre, los hombres que nos dieron una patria; queriendo con tan fausto acontecimiento, no apareciésemos en el mundo, en condicion igual á la del pueblo que fué maldito, porque fué deícida.

Pero vinieron los hijos de los anglo-sajones, y sin embargo de que de ellos á nosotros no habia diferencia imponente, ni en las armas, ni en la disciplina, así como la hubo de los españoles á los aztecas, y á los hombres de 1810; la fortuna nos fué mas adversa, que lo que lo fuera con los unos y los otros en los embates contra sus opresores. Los unos y los otros en desigual pelea comprometidos, humillaron repetidas veces á sus contrarios, por los solos esfuerzos del patriotismo. ¿Se dará quien de nosotros refiera, que ardiendo nuestro pecho de venganza, humillamos hasta el polvo una sola vez, la frente altanera de los nacidos en Pensylvania y la Carolina? Los lances de nuestras armas se parecen en algo, á los lances de las armas de los aztecas? ¿Tienen semejanza con las de los primeros caudillos de la independecia? ¿Quién no sabe por la primitiva historia del pais, la irresistible tenacidad de un Cuitlahua? ¿Quién no ha llegado á comprender por la misma, la magestad, la apostura y la obstinada resistencia de Guatimoc? ¿Quién ignora la heroica, inflexible resolucion de Hidalgo, y el tremendo y decidido arroj de Allende, Jiménez y otros?

Cuando en el año 412 de la fundacion de Roma, se unieron los samnitas y los del Latium para hacerle la guerra, por no deferir aquella á sus exigencias; los aurispices declararon sería vencedor el ejército, cuyo general se sacrificara por la salud de la patria. Apénas sabe Décio tal augurio, cuando re-

n^o 1



10834